

Eslabones invisibles

2 de octubre de 2024, hacia las 9 de la mañana. Unos estudiantes de música de la Facultad de Artes rompen la cotidianidad de mi oficina. Flauta, cuerdas y percusión vibran en una melodía andina que de manera inmediata transforma mi tiempo y mi ánimo. Salgo. Agradezco. “Por favor, vuelvan siempre”. Desde ese recién ocupado lugar, suelo escuchar vientos, cuerdas, flautas, cantos, palabreos y por supuesto, la fuente —esa mole de concreto que obliga a elevar la mirada al cielo— en las horas en que sus aguas fluyen.

La escasez de espacios que experimenta la Facultad de Artes por la remodelación de sus aulas ha llevado a los estudiantes a lugares inusuales. Muy probablemente, si las obras hubiesen terminado según lo previsto, yo no hubiera tenido la oportunidad de presenciar tantas cosas durante estas cuatro semanas. Algo parecido sucede en Santafé de Antioquia donde las obras de la Casa de la Cultura obligan a los artistas a salir *a la calle*, y allí, en la calle, crean experiencias culturales para propios y visitantes.

¿Qué pasa entonces con todo aquello que se construye dentro de la dificultad una vez la realidad nos vuelve a mostrar una cara más deseable? Las contingencias reconfiguran realidades, provocan encuentros, crean versiones de cotidianidad y dan nacimiento a nuevas propuestas. ¡Y así es la Universidad!

Si la Ciudad Universitaria fuera un pueblito, sería un pueblo muy próspero desde el punto de vista cultural. Un pueblo con una gran colección de arte público, un exquisito acervo bibliográfico en una biblioteca con sistema de información y gestores muy cualificados; un



Salvador Arango. *Lombartino*. Bronce, 44 x 36 x 21 cm. 2015.

museo con colecciones de arte, historia, antropología, y ciencias naturales; centros de investigación con sus propias colecciones; un teatro con programación permanente y de calidad; la red de cineclubes más robusta de todo el país; un equipo de mediadores culturales que ponen a peligrar lugares comunes y a través del diálogo participan en la reinterpretación constante del patrimonio, y un vecindario dinámico, compuesto por profesores, administrativos, investigadores, estudiantes, egresados y visitantes que día a día llegan allí a proponer nuevas formas de entender la realidad.

Los eslabones más discretos de la cadena de valor artístico y cultural se

evidencian en la cotidianidad de nuestra universidad; aquí se vive un presente donde se enfrentan dificultades sin detener la construcción de futuros deseados.

Hablar de la Sonora Matancera en sus 100 años de conformación es una oportunidad para recordar que detrás de los *éxitos musicales* que alcanzan una trascendencia tan rotunda, se entretrejen procesos sociales complejos que desembocan en el reconocimiento social que los hacen duraderos. Desde la perspectiva cultural, el éxito es, antes que cualquier otra cosa, la capacidad de ocupar la memoria, de mover corazones, de unir a través de la creación de referentes colectivos. Mover industrias es otro asunto. Prueba de ello, después de conformada, la Sonora tuvo que esperar cuatro años para grabar su primer disco, y en un ejemplo más cercano, la Maestra Eustiquia Amaranto Santana, matrona bullerenguera de Turbo, grabó su primer disco hace escasos tres años, transcurridos 92 años de vida cuando gozaba desde hacía ya varias décadas de todo el reconocimiento del pueblo bullerengüero.

Con este número de la *Agenda Cultural* queremos rendir homenaje a las escuelas de música, semilleros, hacedores, maestros y familias que expanden las comunidades formativas y de gestión, pero también a nuestros imaginarios, a todos los paisajes, situaciones y narrativas que enriquecen aquello que compartimos colectivamente. Una manera de contemplar esa larga cadena de valor que, mediante la formación, concertación, circulación, creación e inspiración, nos hace inmensamente afortunados por la posibilidad de reconocernos en las músicas de nuestro departamento con su inaprensible diversidad.

Parte del material iconográfico de esta edición resalta las colecciones antropológicas del Museo Universitario, así como la obra del Maestro Salvador Arango quien, con la serie *Músicos*,



Salvador Arango. *Violonchelista*. Bronce, 41 x 30 x 28 cm. 2015.



Salvador Arango. *Pianista*. Bronce, 37 x 32 x 29 cm. 2015.

rinde homenaje a los hacedores de esta expresión creativa. Esta obra se exhibe en el Museo de Arte del Centro Cultural Caribe en el Municipio de Itagüí.

Lucía Arango Liévano